



Pabellón. Los presos políticos caminan libres por el pabellón de Devoto. Hicieron retirar a los guardias, mientras esperaban la amnistía. (Foto: Alicia Sanguinetti)



Sobreviviente. María Antonia Berger (segunda a la izquierda) se prepara para salir, tras haber sobrevivido a los fusilamientos de Trelew. Frente a ella, se encuentra Diana Triay de Llorens. Ambas están desaparecidas. (Foto: Alicia Sanguinetti)

CAPÍTULO 1

Trelew, donde comenzó

*¿y dónde no la hay esa sangre caída de los 16
fusilados en Trelew?*

¿y no habría que ir a buscarla?

*¿y no se la habría de oír en lo que está diciendo
o cantando?*

*¿no está esa sangre acaso diciendo o cantando?
¿y quién la va a velar? ¿quién hará el duelo de
esa sangre?*

¿quién le retira amor? ¿quién le da olvido?

Juan Gelman

La libertad estaba cerca. Alicia podía sentir la brisa en la cara y el aroma del pasto que crecía en el descampado alrededor de la cárcel de Rawson. Por fin, estaba afuera. Hacía diez minutos había sonado en los pabellones de los presos políticos la zamba “Luis Burela”, la misma que cantaban las guerrillas de gauchos de Güemes en las luchas por la independencia. Se elevó la voz clara de Carlos Astudillo, un militante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), que había sido detenido cuando cubría la retirada de sus compañeros en un asalto a un banco de Córdoba. Como buen santiagueño, le gustaba la chacarera, pero esta vez no tocaba la guitarra por placer.

—¿Con qué armas pelearémoos? Con las que les quitaremos, dicen que gritó —cantó.

Era la señal para comenzar la fuga. Un revólver salido de la nada le apuntó al jefe de la guardia cuando se acercó a la puerta enrejada del pabellón. “Dame las llaves”, dijo Marcos Osatinsky, líder de las FAR. El penitenciario soltó el manajo. Reja tras reja, se fueron abriendo. Y los puestos de guardia cayeron uno a uno. Los celadores fueron a parar a las celdas, sin sus uniformes. La acción se repitió simétricamente en el pabellón de las mujeres: las celadoras entraron para hacer el recuento de las presas y fueron encañonadas. “Quedate piola”, le dijo Alicia a la celadora, luego de sacarle el manajo de llaves. De allí fue al cuarto de guardia y puso la radio al máximo. Por si había disparos.

Los ocho grupos operativos en los que se habían dividido los militantes funcionaban como un mecanismo de relojería: unos custodiaban a los apresados, otros tomaban la enfermería y la cocina, mientras el grupo armado avanzaba con Fernando Vaca Narvaja –de Montoneros– a la cabeza, vestido con uniforme militar. Ya tenían los pabellones 5 y 6 bajo control. Entraron a la sala de guardia donde estaba toda la armería, encañonando a los guardiacárceles que habían capturado. Los celadores amagaron con desenfundar. Eran veinte, por lo que el tiroteo en el estrecho pasillo que conducía a esas oficinas podía ser brutal.

“No nos maten, por favoor. Nos rendimos”, gritó Carmelo Facio, uno de los guardias, y levantó las manos teatralmente. Los otros siguieron su ejemplo. Con un sutil guiño de ojo hacia los presos, Facio se dejó desarmar. Dos grupos de guerrilleros disfrazados de penitenciarios salieron a tomar las torretas que vigilan el perímetro del penal.

–¿Qué pasa, mi comandante? Escuché disparos.

–Nada, un incidente con unos estudiantes. Ábrame –ordenó sin cuidado Rubén “El Indio” Bonet, un obrero de Nestlé y dirigente del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP).

Los disparos venían de la conserjería, una casilla alejada de los edificios de la cárcel y cercana a la entrada. El cabo Juan Valenzuela desconfió al ver venir a los presos. A pesar de que se había afeitado su frondoso bigote, le vio cara conocida a Mariano Pujadas, un estudiante de Agronomía cordobés que militaba en Montoneros. “Identifíquese. ¡Alto ahí!”, gritó Valenzuela, y abrió fuego con su fusil. Unos segundos más tarde, cayó muerto por una ráfaga de FAL. A su lado, quedó herido otro guardiacárcel.

“Bueno, muchachos, se tomó el penal”, anunció Roberto Mario Santucho, comandante del ERP. Cerca de sesenta guardias habían sido reducidos en diez minutos. El comienzo se había demorado porque esperaban una señal de afuera, que llegó a las 18.22. Susana Lesgart, una maestra cordobesa y compañera de Vaca Narvaja, colocó una sábana en la ventana para avisar a los camiones que entrasen. Alicia salió de la cárcel disciplinadamente junto con los ciento veinte presos que iban a escapar. Tenían bajo su control el penal. Sólo restaba esperar el transporte, que llegaría de un momento a otro. Era el 15 de agosto de 1972. Y la libertad estaba cerca.

Monjas y fierros

Alicia se pidió un cortado y miró por la ventana, que le devolvió el reflejo de una joven rubia y de ojos pardos. Afuera, el Luna Park lucía desolado. Como fotógrafa, la imagen no le atraía. “Ya secuestramos un camión que trans-

porta nafta. El plan es hacer una contención de los policías para alejarlos de la zona y arrojar el camión contra el palco”, le había explicado Pedro, que militaba junto con ella en el ERP. Pedro, más bien bajito, no tenía pinta de guerrillero sino de intelectual. La dictadura del general Alejandro Agustín Lanusse había logrado encarcelar a cientos de militantes de las organizaciones armadas, pero las acciones guerrilleras no decrecían. El 9 julio de 1971 el dictador iba a agasajar al presidente uruguayo Juan María Bordaberry. El objetivo, que Pedro venía detallando, era quemarle el palco en el que se iba a hacer la recepción.

Los cinco militantes estaban por abandonar la confitería cuando una brigada entera de policías entró y los rodeó. No tuvieron tiempo de hacer nada. Alicia se vio esposada y fue directo a Coordinación Federal. “¿Así que querían matarlo a Lanusse?”, le preguntaron en las interminables sesiones de tortura. En la celda de enfrente estaba Roberto Quieto, un joven abogado que había fundado las FAR junto con Carlos Olmedo.

Tras dos semanas de torturas, Pedro fue a parar a la cárcel de Devoto y Alicia terminó en el Buen Pastor, una de las unidades para mujeres que era dirigida por monjas, al lado de un convento de San Telmo. La metieron en una celda pequeña, hacinada con otras cinco presas, de donde no las sacaban ni para comer. Entre ellas, Alicia reconoció a Diana Triay, que se había fugado hacía menos de un mes de la cárcel del Buen Pastor de Córdoba. El 11 de junio tres guerrilleros habían encañonado a una empleada que salió a sacar la basura. Las presas comunes habían ido a misa, por lo que sólo tuvieron que reducir a dos celadores. A la cabeza de las seis fugadas iba “la Sayo”, una profesora de artes plásticas tucumana que había sido capturada cuando repartía comida en una de las villas. Su nombre completo era Ana María Villareal de Santucho, aunque le decían “Sayonara” por sus ojos achinados de salteña. Poco tiempo después, la esposa de comandante del ERP volvería a caer presa.

El 26 de junio, las FAR protagonizaron otra fuga en la cárcel a la que llegó Alicia. Gustavo, un estudiante de Sociología que formaba parte del equipo de apoyo, se apostó frente a la puerta mientras un abogado de las presas mostraba su credencial para que les abrieran. Al verlos entrar y desarmar a los guardias, sor Donatina arrojó las llaves de las rejas por la ventana. Luego de recibir un culatazo en la cabeza, que la apartó del camino, vio cómo saltaba la cerradura por una ráfaga de ametralladora. Las cuatro presas corrieron a los autos, mientras Gustavo abría fuego contra la puerta, para impedir que salieran los guardias. Arrancaron a toda velocidad y se perdieron zigzageando por la ciudad de Buenos Aires. Junto a él iba Amanda “la Negra” Peralta, la única mujer capturada en Taco Ralo, durante el primer intento de formar una guerrilla rural en la Argentina. En la perse-

cución, la policía pudo acorralar a uno de los militantes, Bruno Cambareri, que fue asesinado.

Tras las dos fugas, las monjas decidieron que no querían más presas políticas a su cargo, y Alicia fue trasladada junto con las demás a Devoto, donde se inauguró el primer pabellón para mujeres: el 49. “Ah, pero esto es mucho mejor”, se sorprendió Alicia al poner un pie dentro. El lugar le pareció inmenso comparado con las estrechas celdas del Buen Pastor y Coordinación Federal: tenía diez metros por cinco y medio sin celdas individuales, con camas cuchetas alineadas. Las paredes, celestes, como todo en Devoto. Al principio, eran cinco militantes, pero pronto llegaron más de cien. Tenían un lavadero, ducha reducida y sólo tres letrinas. Al fondo, había un patio con pedregullo, donde jugaban al vóley con una pelota que armaban con medias en los recreos.

“Compañeras, vamos a lanzar una huelga de hambre para que saquen de los calabozos de castigo a Santucho, Enrique Gorriarán Merlo, Jorge Ulla y Humberto Toschi”, anunció Alicia. “Los tienen ahí para quebrarlos”, agregó Pedro, en el pabellón de los hombres, que también inició la huelga. El Beto Toschi imponía respeto con su estatura, en comparación con el Petiso Ulla. Los dos habían abandonado un cómodo origen de clase alta para militar en el ERP y habían caído presos con Santucho el 29 de agosto. Finalmente, consiguieron sacarlos de los calabozos.

“La cárcel es un frente más de lucha, donde el revolucionario que está prisionero tiene también tareas que cumplir. Se organizan en los pabellones de cada cárcel, con horario de actividad: se comienza siempre por la mañana muy temprano, con gimnasia para mantener las condiciones físicas, y se continúa con las reuniones, cursos, estudio y discusiones”, planteaba Santucho.¹ La vida de los presos de las organizaciones armadas se regía por estas normas. Alicia rotaba por los distintos equipos: las que cocinaban (la comida se socializaba en un economato común), las que limpiaban (llamadas “fajine-ras”), las que hacían trabajos manuales y las que participaban en los grupos de estudio sobre geografía, historia, política, marxismo. Un grupo de presas maestras empezó a darles clase a otras que no tenían más que una mala primaria. La gimnasia era obligatoria.

“Compañeras, estamos en cana, no nos vamos a masoquear haciendo gimnasia y leyendo a Mao todo el día”, se quejaba Susana, una presa de la Juventud Peronista (JP), que quería dormir hasta tarde. “Che, llegaron dos compañeras de Rosario. Están en una celda un piso más arriba”, interrumpió la discusión otra presa. En seguida, se armó un revuelo para ver quiénes

eran. Consiguieron mandarles un sándwich y un mate cocido a través de una celadora. “Les mandan esto sus compañeras”, le entregó la *bicha*² a una de las presas. “¿Qué compañeras?”, se preguntó la Gringa, un tanto despistada. “¿Quiénes están?”, gritó alguien desde el pabellón de abajo. La Gringa la reconoció como otra presa de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). “La Pochita y yo”, le respondió. De pronto, cesó el bullicio que se oía desde el pabellón. La Gringa aguzó el oído para intentar entender qué había pasado. Al unísono, las voces de más de cien presas rompieron el silencio: “Y se aaaaalcan los pueeeeblos con valoor, por la internacionaaaaaaal”, cantaron. A la Gringa se le puso la piel de gallina. Era la bienvenida al pabellón 49.

Las llamas del Rosaríazo

La Gringa corría por la calle Córdoba, de Rosario, con el corazón latiendo a toda velocidad. Detrás se escuchaban los disparos de los gases de la policía y los cascos de la montada, que ya le pisaban los talones. En un movimiento que pareció sincronizado con otros estudiantes que escapaban a la par, la Gringa tiró los bulones de vidrio que llevaba en los bolsillos y pasó por debajo de un alambre, que estaba a la altura de los jinetes. Se frenó en un zaguán para recobrar el aliento. Una oleada de militantes –algunos bañados en agua coloreada de los camiones hidrantes– cargó con piedras contra la infantería de la policía. Los vio retroceder. Por primera vez. Rosario era de los estudiantes. Habían copado el centro, luego de semanas de protesta por la muerte de Adolfo Bello, el 17 de mayo de 1969. La Gringa recordaba cómo se había metido el patrullero, cortando la columna de manifestantes al medio, y cómo lo habían encerrado a Adolfo en una galería. Allí un policía sacó su arma y le disparó.

Sintió que la tomaban de la cintura. “¿Qué hacés acá?”, le preguntó a Hugo, su novio. “No te encontré en la pensión y te vine a buscar”, respondió el Flaco, tratando de no sonar preocupado. “¿Viste? Si no era por mí, te lo perdías todo”, lo apuró la Gringa, socarrona. De los edificios, los vecinos les arrojaban desde diarios para prender fuego hasta muebles, que servían para armar barricadas. Daniel, con sus nueve años, miraba por la ventana y no lo podía creer. Había crecido en un ambiente de peronismo perseguido, de resistencia, de fotos de Evita dentro del placard y de historias de su padre, del que conservaba la libreta de afiliación. Pero más allá de los relatos, Daniel nunca había visto tanta gente en la calle.

1. Entrevista de la revista chilena *Punto Final*, 12 de septiembre de 1972.

2. Celadora, en la jerga carcelaria, porque tenían “antenas” para detectar lo que estaban haciendo las presas.

El pibe siguió con la vista a la pareja (ella era alta y de pelo castaño), que se sumó a los estudiantes que iban ganando cuadra tras cuadra hacia la Jefatura de Policía. Cuando llegaron, Hugo empujó a la Gringa contra una pared para cubrirla. “Esto no me gusta nada”, pensó. Un grupo de policías, rodilla en tierra, esperaba a los manifestantes. Apenas los vieron comenzaron los tiros. A pocos metros de ella, un pibe de catorce años cayó muerto. La Gringa lo conocía: era Juan José Cabral y formaba parte de un grupito al que le decían “los pirañas”. “Vamos”, le dijo Hugo, y se alejaron de las balas.

La Gringa venía de Las Heras. Era de las primeras adolescentes que abandonaban la vida pueblerina de ama de casa para irse a estudiar a Rosario. En su caso, para farmacéutica. Apenas terminó la carrera en 1971, se casó y se fue a vivir a Santiago del Estero, de donde era oriundo Hugo. Los dos militaban ya en el Partido Revolucionario del Pueblo (PRT); ella, en el frente estudiantil.

—Ah, estás acá, yo pensé que estabas en tu casa, porque están todas las luces prendidas —le comentó una vecina al entrar a la casa de su suegra, y a la Gringa se le heló la sangre. Era evidente para ella que los represores estaban en su casa. Hugo estaba de viaje hacia dos meses, por actividades del partido, y desde entonces ella sólo escuchaba de detenciones y más detenciones de compañeros.

La cacería se había desatado luego de la fuga de catorce militantes del penal de Villa Urquiza, en Tucumán. El 6 de septiembre de 1971 una camioneta de la empresa Val Gas entró a la cárcel. “Venimos a dejar estas garrafas”, explicó uno de los guerrilleros para que les abrieran. Adentro, los guardiacárceles se resistieron y se produjo un tiroteo, en el que murieron cinco penitenciarios. Consiguieron escapar doce dirigentes del ERP y dos peronistas. Muchos de ellos fueron recapturados en los días posteriores. La represión empezó en Tucumán y se fue extendiendo a las provincias cercanas.

Al enterarse del allanamiento en su casa, la Gringa no dudó: le pidió plata a su suegra y escapó hacia Rosario con lo puesto. “Gringa, andá a esconderte a la casa de la Pochita, que está sola con la nena”, le dijo un compañero de la facultad apenas pisó Rosario. No pasaron más de tres horas antes de que allanaran la casa de la Pochita. No buscaban a la Gringa, pero igual marchó presa.

Tras detenerla, le abrieron una causa en la Cámara Federal en lo Penal, creada por el gobierno para perseguir “los actos de subversión tendientes a afectar la seguridad de las instituciones nacionales”.³ De Rosario la trasla-

3. Del texto de la ley 19.053 del 28 de mayo de 1971. Este fuero fue conocido como “El Camarón” o “La Cámara del Terror”. Desde su creación, intervino en todas las detenciones de militantes

daron a Devoto, donde estaban concentrando a todas las mujeres. Luego de la bienvenida, la bajaron al pabellón 49 y se sumó al grupo del PRT-ERP, aunque odiaba el trote reglamentario por las mañanas. El régimen carcelario era leve: tenían las puertas de las celdas abiertas la mayor parte del día en el pabellón, recreos largos en el patio y las requisas no eran violentas. Por la noche, las presas aprovechaban para charlar, cantar o jugar al ajedrez. Alicia le decía “la Tweety” a la Gringa, por lo charlatana. Cuando llegaba una presa entonaban distintas canciones según su origen político para recibirla. A la Gringa le tocó varias veces cantar la “Marcha peronista”, aunque ella era del PRT.

Poco después de su arribo a Devoto, se lanzó una huelga de hambre para impedir que llevaran a cuatro presas a la cárcel que funcionaba en el buque *Granaderos*. Alicia llevaba once días sin comer cuando entró la patota de requisas para sacar a las cuatro detenidas. Las militantes se agarraron de los brazos para resistir. “No vamos a ir al campo de concentración”, gritó una. “Llévense a cuatro cualquiera”, ordenó el jefe de la requisas, y a fuerza de golpes y empujones las sacaron. “¡Asesinos!”, les dijo la Gringa, que se salvó de la boleada, al igual que Alicia. Poco tiempo después, les tocó a ellas el traslado.

“Se pudrió todo”, le comentó una presa a las que estaban cocinando y tiró un diario sobre la mesa: había aparecido muerto el empresario de la Fiat Oberdan Sallustro. El 21 de marzo de 1972 un comando del ERP lo había secuestrado y había pedido a cambio de su liberación que se solucionase el conflicto en las fábricas de Materfer y Concord, de Córdoba, que la empresa repartiera alimentos y útiles en todo el país y que se liberase a todos los presos políticos. El gobierno de Lanusse se mantuvo inflexible y el 10 de abril un comando de la policía se tiroteó con los guerrilleros que custodiaban la casa donde lo tenían secuestrado. Al entrar, encontraron a Sallustro con un disparo en la cabeza. En sólo unos días empezaron los traslados de presos y presas a Rawson: a Alicia y a Pedro les tocó ir en los primeros aviones y a la Gringa, en los últimos.

de las organizaciones armadas, sindicalistas, dirigentes estudiantiles y otros presos políticos. Sus sentencias no tenían instancia de apelación, intervenían en todo el país, se les permitía no dar a conocer de qué se acusaba a los imputados, que podían estar incomunicados por veinte días, lo que facilitaba la tortura. Tenía nueve jueces: Juan Díaz Reynolds, Carlos Malbrán, Ernesto Ure, Eduardo Munilla Lacasa, César Black, Jaime Smart, Mario Fernández Badessich, Marcelo Barrera (sucedido por Esteban Vergara) y Jorge Quiroga.

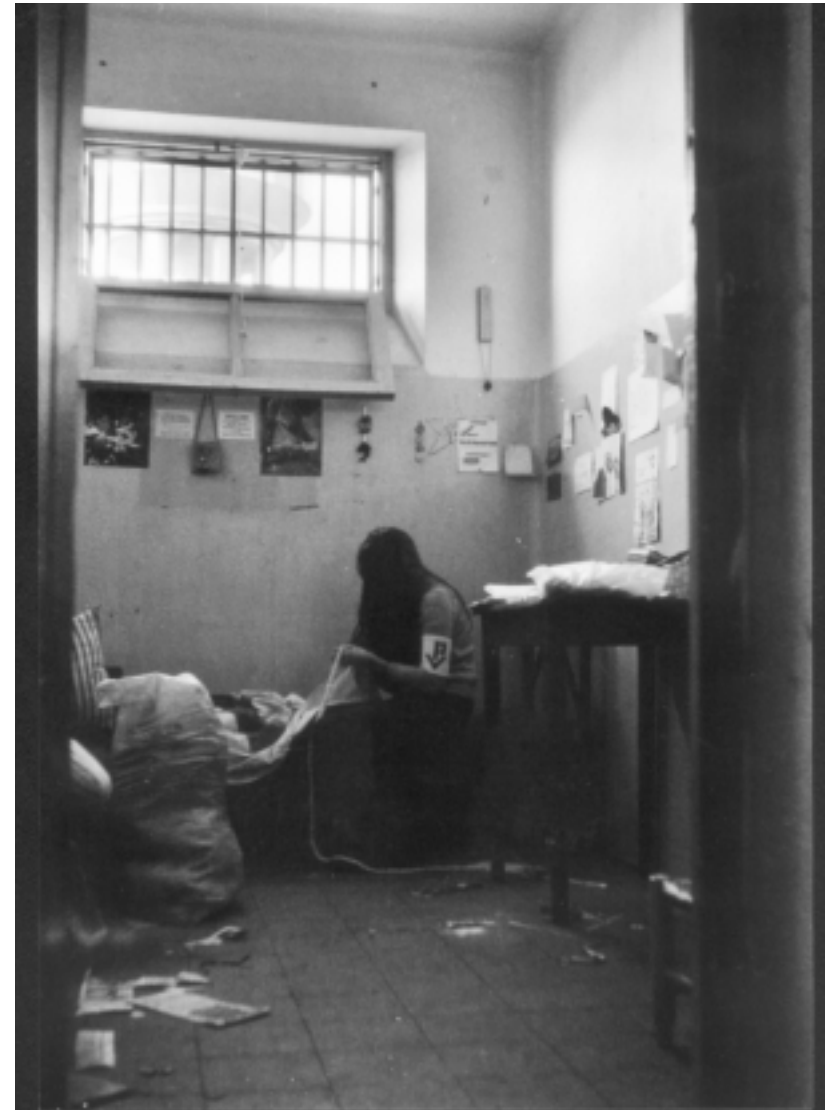
Uno, dos, tres, muchos planes de fuga

“Celadooor, pídales *El capital* a los del pabellón 2, que a esta hora nos toca leerlo a nosotras”, gritó la Gringa. Los guardiacárceles de Rawson estaban desquiciados con la irrupción de más de doscientos presos políticos de las distintas organizaciones armadas (las siglas se les mezclaban: FAL, FAP, FAR, ERP, Montoneros) y de los sindicatos, entre los que estaba Agustín Tosco, el secretario general de Luz y Fuerza de Córdoba, detenido allí desde el 28 de abril de 1971 a disposición del PEN.

El penal de Rawson era usado por el Servicio Penitenciario Federal como cárcel de máxima seguridad para los presos comunes considerados peligrosos. Su función se había alterado completamente en 1972: de los ocho pabellones concéntricos, con una estructura de panóptico, seis estaban ocupados por guerrilleros, sindicalistas y estudiantes. La principal defensa del penal era el aislamiento. Desde que se había trasladado a las cúpulas de las organizaciones armadas, la dictadura esperaba un intento de fuga. A tres cuadras de la cárcel había colocado a ciento veinte soldados de una compañía antiguerrillera y a veinte kilómetros estaba la base Almirante Zar, con mil doscientos marinos armados hasta los dientes. Por las dudas, también había emplazado a doscientos gendarmes y cien policías.

Por la distancia, a muchos familiares les era imposible visitarlos. Alicia recibió una sola vez a su madre, Annemarie, también fotógrafa, en la capilla del penal. Mientras conversaban, las compañeras de Córdoba, cuyos padres tenían chacras, hacían entrar cajones enteros de mandarinas. Otro que la visitaba asiduamente era su abogado, Eduardo Luis Duhalde, quien además defendía a su compañero, Alberto, que también había sido detenido. Poco a poco, se expandió la solidaridad del pueblo de Trelew hacia estas familias que llegaban de lejos y formaban largas filas frente al penal. Se creó un sistema de apoderados del pueblo, que podían visitar a los presos y acercarles libros o comida. Muchos recibían a los familiares en sus casas. El estudio de los abogados Mario Amaya (radical) y David Romero (peronista) tomó a su cargo muchas de las causas, que se tramitaban en el “Camarón”.

Alicia se había organizado junto al resto de las presas con velocidad: volvieron los grupos de estudio, la gimnasia y la división de tareas. Ante los guardias desconcertados, colgaron ropa y sábanas recién lavadas. Detrás de las telas protectoras, tomaban clases de uso de FAL con las escobas. Su instructora era María Angélica Sabelli, una militante de las FAR que había conocido a Olmedo en el Colegio Nacional de Buenos Aires, del que había egresado hacía apenas cinco años. La Petisa le enseñaba también orden cerrado, cuerpo a tierra y otras minucias de la instrucción militar.



En la celda. Una presa peronista prepara las banderas para la salida el 25 de mayo de 1973.

(Foto: Alicia Sanguinetti)

En los pabellones de las mujeres, que estaban arriba de los masculinos, se encontraban libres de ocho de la mañana a seis de la tarde. Tenían una mesa grande en el centro del pabellón y estufas, que calentaban bastante poco, por lo que la Gringa andaba todo el día con el poncho puesto. A las seis las encerraban en celdas individuales, de tres metros por dos. “Vamos que nos vamos”, les decía un penitenciario aplaudiendo para que entrasen. Muchos repetían sus palabras pensando en planes de fuga. Los sábados a la noche, el régimen era menos estricto. A pesar del frío, disfrutaban de las guitarras donde cantaban juntos presos y presas. Astudillo era el payador por excelencia. Había unas claraboyas de vidrio en el piso de las mujeres, que habían roto para poder comunicarse. Los hombres llegaron a formar una pirámide humana para que pudieran darse la mano María Rosa Pargas y su novio, Alberto Camps, otro militante de las FAR que había sido capturado en el asalto a un banco en Córdoba. “A ustedes, los peronistas, Lanusse los envió acá porque Perón lo mandó a Lanusse castigado a esta cárcel”, le comentaba un penitenciario viejo a Susana. “Yo me acuerdo que él barría los pasillos, lo que no le gustaba era la cocina”, decía.

La mayor parte del tiempo la insumía la discusión sobre la posibilidad de crear una única organización armada. Alicia participó en los equipos de debate, que elevaban las discusiones a la conducción de cada organización. La Gringa se acostaba a escuchar los debates de los dirigentes por la claraboya que conectaba al pabellón 6. El diálogo llegó a ser tan acalorado que dejaron de jugar al fútbol para participar de las discusiones doce horas por día. “Vos que tenés buena letra, tomá nota”, le pidió Santucho a Pedro. Pedro llenó un cuaderno gordo, de sesenta páginas, con una letra diminuta, con las posiciones de las FAR, Montoneros y ERP. Los presos de las FAR, que cayeron en Taco Ralo, no pudieron participar porque estaban detenidos en la cárcel de Resistencia, en Chaco.

Finalmente, se elaboró un documento de ocho páginas con las coincidencias y las principales diferencias. Con el típico humor carcelario, le pusieron “el balido de Rawson” por el cordero viejo y frío que les daban de comer todos los días. En el texto reflejaban los acuerdos en torno a la lucha armada –con diversos matices–, el lugar del sindicalismo y los movimientos de masas, pero hubo un obstáculo insalvable: el peronismo. Mientras el ERP se negaba a considerarlo un movimiento revolucionario, Montoneros lo apoyaba a ultranza y las FAR se inclinaron a aceptar esa caracterización. Más allá de las diferencias, la convivencia y el debate gestaron un grado de acercamiento importante entre los militantes presos de las distintas organizaciones que les hizo pensar en la posibilidad de una fuga conjunta.

Los planes comenzaron a ser cada vez más concretos. El objetivo era que salieran todos. Los militares esperaban un ataque externo, por lo que esa op-

ción se descartó. La primera idea fue un túnel: escapar por la noche y ocultarse en *tatuceras*, que eran escondrijos en el campo que habían inventado los Tupamaros. Alicia salía todos los días al recreo y arrojaba, disimuladamente, piedras y tierra que guardaba en varias bolsitas cosidas a la ropa. Los presos se turnaban para cavar. Usaban como palas una parte de los calentadores y colocaban cartón con engrudo para apuntalar el túnel. De día, lo tapaban de nuevo con las baldosas y le ponían arcilla coloreada para que no se notara la diferencia. En parte por lo difícil del plan, y en parte porque el túnel comenzó a inundarse, desistieron. “Por suerte paramos, si no el patio iba a crecer un par de metros”, bromeaba la Gringa entre sus compañeras.

La segunda idea fue escapar en un avión que aterrizaría cerca de la cárcel. Las FAR compraron un avión en Panamá, pero no consiguieron piloto. Entonces, empezaron a revisar los vuelos comerciales de Trelew. Podían escapar y copar un avión. Se estableció el orden de salida según las jerarquías: primero los cinco dirigentes, después un grupo de cerca de veinte cuadros intermedios y por último unos cien militantes de base.

Los que sabían el plan completo eran menos de diez, pero el resto de los presos comenzaron a recibir tareas puntuales. A los hombres les tocó fabricar *facas*, es decir, armas blancas hechas con agujas y otros objetos de metal, para lo que estaban todo el día sacándoles filo. Se hacían sancionar en los calabozos de castigo para ver otras partes del penal y su funcionamiento: las guardias, los cambios de turno, las distancias. “Quince metros a la sala de guardia, sesenta metros hasta la garita en la entrada”, anotaba mentalmente Pedro.

A Alicia, junto con otras presas, le tocó coser boinas y teñir camisas, para imitar el uniforme de los penitenciarios. También hicieron cintos y cartucheras de cuero y fabricaron una réplica de un revólver con pan de miga que, teñido de negro, se veía bastante real. Facio era un guardiacárcel que solía tratarlos bien. Luego de largas conversaciones, lograron convencerlo de que los ayudara. Le ofrecieron una suma importante de dinero⁴ para que se decidiera a entrarles armas, separadas en partes en latas de dulce de batata. Las escondían en el primer tramo del túnel, que habían abandonado. También les consiguió un uniforme militar para Vaca Narvaja, que había hecho su secundaria en el Liceo Militar. La idea era simular una inspección por parte del Ejército.

“Gringa, te están llamando en la reja”, le avisó una de las presas. La celadora le informó que la iban a trasladar a Devoto por un trámite judicial. Se

4. Antes de que pudiera cobrar la última parte, fue secuestrado y asesinado por la dictadura de Lanusse. Su cuerpo fue devuelto a la familia.

corría la *bemba*⁵ de que algunas de las detenidas iban a ser enviadas a una cárcel todavía más rigurosa que la dictadura iba a construir en la isla de los Estados. Llorando, la Gringa pasó frente al pabellón de los hombres y saludó a Santucho. “Quiero irme con ustedes. Tengo tanta mala suerte que seguro ahora me mandan a la isla de los Estados”, se quejó. “¡Callate!”, le ordenó Domingo “el Gringo” Mena, pensando que podía deschavar la fuga. La Gringa no sabía nada de los planes, pero igual se calló. Y partió hacia Devoto.

Quince días más tarde todo estaba preparado: un grupo iba a copar un avión simultáneamente con la fuga y los iba a transportar en camiones hasta el aeropuerto de Trelew, por orden jerárquico. “No vengás esta tarde, porque tengo una reunión con las delegadas”, mintió María Angélica para proteger a su padre, que estaba de visita en Rawson. Le dedicó una de sus sonrisas al verlo salir. A ella, como a la mayoría, se le había informado de la fuga al mediodía. Ese día, justo ese día, sirvieron asado de vaca. Sabían que no podían comer mucho antes de una acción, pero igual lo probaron para no despertar sospechas. Hacía frío (más que el habitual) y se estaba nublando. Aguardaban una señal de afuera con un pañuelo blanco, que significaba que podían iniciar el copamiento. Todos esperaron hasta que, tras recibir la indicación, Astudillo cantó:

–¿Con qué armas pelearémoos?

–Con las que les quitaremos, dicen que gritó –le respondieron a coro.

Pa’ Chile me voy

La libertad estaba cerca, pero algo no andaba bien. Los minutos pasaban y el transporte para los más de cien presos no aparecía. Tosco, que había decidido no participar de la fuga para no tener que pasar a la clandestinidad, contenía a los comunes, que miraban en silencio detrás de los barrotes. Un solitario Ford Falcon, conducido por Carlos Goldenberg, un militante de Montoneros, entró a toda velocidad. Subieron los dirigentes que tenían prioridad en el escape: Santucho, Mena, Gorriarán Merlo, Quieto, Vaca Narvaja y Osatinsky. Y salieron hacia el aeropuerto de Trelew.

Sentando en su asiento del vuelo de Austral, Víctor Fernández Palmeiro miraba intranquilo por la ventanilla. El avión que venía de Comodoro Riva-

5. Las *bembas* eran los rumores que circulaban entre los presos políticos. “Un mago que relativiza tiempo, muros y enemigos, agranda las noticias buenas y achica las ingratas. En el fondo del pozo, niega la derrota. Canta la victoria: es un fabricante de sueños”; Juan Manuel Ramírez, *La Tusca*, Buenos Aires, Al Margen, 2003, p. 148. Véase Emilio de Ípola, “La bemba”, en *Ideología y discurso populista*, México, Folios, 1982.

davía despegaría de un momento a otro, dejando atrás Trelew y la posibilidad de la fuga. Cerca de él, Alejandro Ferreyra evaluaba opciones. No tenían forma de saber qué estaba pasando. El último contacto para abortar el plan era Ana Wiessen, que acababa de subir al BAC-111. Ana decidió improvisar y se lanzó a una discusión con las azafatas sobre su equipaje. Luego simuló que se sentía mal.

Apenas puso un pie en el aeropuerto, un desconocido interceptó a Vaca Narvaja.

–Teniente, tiene las charreteras al revés –lo reprendió el individuo pequeño, pero macizo.

–Disculpe, sabe que tuve una fiesta –le respondió Vaca Narvaja, que no conocía al hombre, pero intuyó que se trataba de un militar.

Era el coronel Julio César Perlinger, hijo de un general que fue ministro del Interior del gobierno que derrocó a Juan Domingo Perón. Durante el golpe del 28 de junio de 1966, Perlinger había sido el encargado de echar de su despacho al presidente radical Arturo Illia. “¡Al que no sale le meto un tiro en la cabeza!”, gritó con un arma en la mano. Poco después, desafió a duelo a Juan Carlos Onganía. El dictador esquivó el convite, pero consiguió que lo pasaran a retiro. Perlinger siguió su camino por el aeropuerto, sin fijarse en el abogado Mario Amaya, que venía de despedir a un sindicalista que se volvía a Buenos Aires. “Buenos días, doctor”, le soltó uno de los guerrilleros al cruzarse con él. “Y a éste, ¿de dónde lo tengo?”, se preguntó Amaya. Horas más tarde, se daría cuenta y se agarraría la cabeza.

Con autoridad, se anunciaron en la torre de control como militares y ordenaron que se detuviese el avión, porque podía tener una bomba. “Estamos al lado de una cárcel con guerrilleros famosos”, lo convencieron al técnico, que transmitió la orden al avión.

“Nos descubrieron”, pensó el Petiso Ferreyra al ver venir a toda velocidad un Ford Falcon con siete hombres, uno de ellos con uniforme militar. Sacó el arma. “Pongan las manos sobre el asiento. No se preocupen, todo va a salir bien”, les planteó Ana a los noventa y seis pasajeros del avión copado. No alcanzaron a trabar la escotilla. Al abrirla, Vaca Narvaja se encontró con Víctor Fernández Palmeiro preparado para disparar. “Paren, paren, que somos nosotros”, gritó. Subieron a bordo, el avión se colocó al comienzo de la pista y aguardaron a que llegaran los demás. Tras unos minutos, decidieron que no podían seguir esperando. Si colocaban un camión en el camino, sería imposible que se escapasen.

“No tenemos suficiente combustible para llegar a Chile”, se excusó el piloto, intentando ganar tiempo. “Si alcanza para ir a hasta Buenos Aires, tiene que alcanzar para Chile”, lo cortó Santucho. Ana les habló a los pasajeros por el intercom para tranquilizarlos: “Disculpen la demora, en cinco minutos

vamos a despegar”. Apenas el avión carreteó en suelo chileno, donde gobernaba el presidente socialista Salvador Allende, empezaron a sentirse a salvo. De todas formas, tuvieron que negociar con la policía chilena durante seis horas. En un primer momento dejaron ir a todas las mujeres y los niños y, unas horas más tarde, al resto de los pasajeros.

Bajaron en Puerto Montt en medio de una lluvia torrencial. “La unificación de las organizaciones armadas es el único camino”, aseguró Osatinsky a los medios chilenos. “Jugó un papel muy importante la convivencia en los pe-
nales de compañeros de distintas organizaciones, lo que ha permitido un conocimiento más amplio, una comprensión mayor de la unidad de objetivos”, explicó Santucho. “Las cárceles son, como dijo Ho Chi Minh, la primera escuela de un revolucionario”, recordó Vaca Narvaja.

En Devoto, la Gringa no lo podía creer cuando escuchó la noticia. Los había visto hacía sólo dos semanas, cuando la trasladaron. Eufóricas, las presas cantaban: “Cuando pa’ Chile me voooooy”. Pero se acercó una compañera y les comentó: “Lástima que no todos salieron”.

La Patagonia trágica

Mariano Pujadas levantó el teléfono desesperado y llamó a todas las agencias de remises y taxis de la zona. El cambio de guardia era a las 19.30, por lo que no pasaría mucho tiempo hasta que se enteraran de la fuga. Solamente consiguieron dos Falcon y un Valiant, a los que se subieron catorce hombres y cinco mujeres de la conducción. “Subí vos, Luis”, le dijo el Indio a un compañero. “No, Indio, vos sos más importante que yo afuera. Andá vos”.

–Bajate –ordenó Susana Lesgart a uno de los remiseros.

–No, está bien, espero acá al pasajero –dijo el hombre pensando que era otro viaje con un oficial que salía de franco.

–No, bajate. El penal está tomado por los presos.

“Al aeropuerto de Trelew, lo más rápido, pero sin matarnos”, indicó Mariano. Los seis kilómetros hasta el aeropuerto se hicieron eternos: uno de los autos andaba mal, y el resto decidió esperarlo para no separarse. María Antonia Berger, una socióloga y militante de las FAR, se asomó y vio cómo el avión con los dirigentes despegaba. Llegaron cinco minutos tarde.

Se desplegaron por el aeropuerto y condujeron a todas las personas al comedor. Con su boina negra, Alberto “el Lobo” Del Rey repartió municiones a los rehenes como souvenirs. Ya les pisaban los talones. Desde la torre de control iniciaron un duelo de radios: los guerrilleros por un lado, y los militares, que con sus transmisores consiguieron que otro vuelo no aterrizara, por el otro. Todavía en el aeropuerto, Perlinger estaba impresionado con la discipli-

na de los guerrilleros. “Señor, yo no coincido con usted ideológicamente en nada, pero le rindo el mismo respeto que le rendía un romano a un cristiano cuando lo tiraba a los leones y sabía levantar la cruz. Al país lo van a construir los que sean capaces de tirarse a los leones”, le dijo a Alberto Camps. Por esa frase, fue a parar al calabozo por sesenta días.

El plan indicaba que no debían dejarse atrapar en el descampado, porque implicaba un fusilamiento seguro. Esperaron hasta que los sitió un batallón de infantes de marina, liderado por el capitán de corbeta Luis Sosa, que ordenó a los gritos que se rindiesen incondicionalmente. “Calma, calma, que acá no hay ninguna necesidad de gritar, hablemos normalmente”, le contestó Mariano, que se acercó a negociar. A María Antonia, por ser mujer, no le dirigía la palabra y la miraba con sorna. Los guerrilleros consiguieron que se acercase un juez federal, Alejandro Godoy, y la prensa.

Ante las cámaras, dieron una conferencia en la que por primera vez se escuchó abiertamente la voz de las organizaciones armadas. “Aquí en la Patagonia, concebimos esta lucha como la continuación de la que libraron los obreros rurales que en los años 20 fueron asesinados por el Ejército. Somos los continuadores de ellos. Somos hijos del pueblo”, sostuvo el Indio Bonet, quien aclaró que “el gobierno actual es una dictadura militar al servicio de los monopolios”. “No hemos elegido la violencia por la violencia misma, pero vemos que es el único camino que nos queda. En este sentido somos pacifistas”, remarcó María Antonia. “Dos de las organizaciones que estamos aquí somos peronistas, la otra no lo es; pero eso no es ninguna traba para nuestra voluntad de unidad”, afirmó Mariano, quien sostuvo que “mientras el régimen no haya liberado a los presos políticos, que son miles, mientras no haya terminado con las torturas y los asesinatos, demuestra que no tiene voluntad pacificadora”.

Sosa estaba cada vez más nervioso. Los guerrilleros no acataban sus órdenes y no aceptaban rendirse si se los trasladaba a una unidad militar. Mientras intentaba apagar las cámaras y les indicaba a los periodistas que no hablasen de “fuerzas de la represión”, se fue quedando sin argumentos frente a Mariano, que le exigía que los devolviesen a Rawson, donde podían ser mediadores para la entrega del penal. Finalmente, tuvo que acceder. Mariano le solicitó, por último, un médico.

–¿Para qué lo quiere?

–Tenemos experiencia sobre la forma en que hemos sido tratados otras veces por la represión.

–¡No se lo voy a permitir!

–No le estoy diciendo que usted sea un represor, pero, le repito, tenemos experiencia de otras oportunidades.

Finalmente, fueron revisados por el doctor Atilio Vilgione, un ex vicegobernador radical. Dejaron las armas y salieron en fila, riendo y haciendo la

V. “Viva Perón”, gritó María Antonia cuando la subían a un micro. “Veníamos a liquidarlos a todos y están vivos. Si se hubieran animado a disparar un tiro, no dejábamos ni a uno. Pero se rindieron, los muy cagones”, gritaba a quien lo quisiera oír uno de los soldados del cuerpo antiguerrilla. El micro arrancó, acompañado por el juez, los periodistas y los abogados. Llegaron hasta la reja, donde les impidieron seguir. Entre ellos, Amaya protestó hasta cansarse y presentó un recurso de amparo al día siguiente. Como respuesta lo detuvieron a disposición del PEN y no saldría en libertad hasta cien días más tarde. Completamente incomunicados, los diecinueve guerrilleros fueron sometidos a una revisión médica y luego los empujaron hasta ocho calabozos, donde se colocaron diez soldados armados con FAL. No era Rawson, como había prometido Sosa. Estaban en la base Almirante Zar.

Rawson sitiada

La fuga estaba en marcha. Jorge, un militante de las FAR, esperaba cerca del penal. Había viajado a bordo de una camioneta desde Bahía Blanca, estaba a cargo del equipo que debía transportar a los presos en dos camiones y esperaba una señal en las ventanas de la cárcel. Las frazadas indicaban que la fuga había fallado, mientras que las sábanas anunciaban la victoria. El sonido de los disparos en la conserjería alcanzó sus oídos, aguzó la vista y creyó ver frazadas. En mitad de la retirada, frenaron en la ruta y discutieron. Volvieron a tratar de encontrar a los presos, pero el camino ya estaba bloqueado. “Separémonos”, propuso el Colorado a uno de sus acompañantes, que pasó los siguientes días escondido en un garaje, bajo una pila de colchones, luego de dispararle a un policía de pueblo que intentó detenerlo en un camino de ripio. Un grupo de las FAR lo fue a buscar en una camioneta de doble piso y lo sacó de la zona.

Jorge no tuvo tanta suerte. Intentó perderse en las rutas provinciales. Un empleado lo miró sospechosamente cuando paró a comprar nafta y comida. La radio ya anunciaba la fuga a los cuatro vientos. La camioneta se quedó en un camino de montaña, cuando la nieve le inutilizó el distribuidor. Alcanzó a pie el pueblo de Gan-Gan, donde lo detuvieron. “Tenés suerte, pibe”, le dijo uno de los soldados que lo vino a buscar. “Si te encontrábamos en el camino, teníamos orden de matarte”, le reveló.

“Compañeros, algo falló. Tenemos que volver. Hasta la victoria siempre”, ordenó Pedro a los cien presos que habían quedado a pie en Rawson. Rápidamente, se organizó una nueva dirección que se ocupó de lograr que se diesen las garantías para que no los fusilasen: difundir en los medios la toma, pedir que se acercase un juez y sus abogados. “El penal está tomado”, le informó uno

de los guerrilleros al policía que llamaba periódicamente para controlar. “Pero si llamé hace dos minutos y me dijeron que estaba todo bien”, respondió el oficial, anonadado. “Sí, recién sí, pero ahora está tomado”, le explicó.

Alicia volvió al pabellón. Algunas de las presas lloraban de angustia. Apagaron todas las luces para dificultar la puntería de los militares y se quedaron juntas en el centro del pabellón. Ya se oían los ruidos de helicópteros. El primero en entrar fue un despistado mensajero del correo con su familia. Trataron de que saliera, pero ya era tarde: cerca de tres mil militares cerraban el cerco sobre el penal. Rápidamente, abandonaron las garitas externas, donde eran blanco fácil. Apenas se iniciaron las negociaciones, con un militar de rango bajo, pidieron que se dejara salir al cartero, pero los militares no aceptaron. Los presos le trajeron leche a la hija del mensajero e intentaron tranquilizarlos.

No era tan sencillo recuperar la cárcel, si los presos oponían resistencia. Les quedaban unos treinta FAL y algunos revólveres; el resto se lo habían llevado los diecinueve dirigentes. La orden era no disparar a los soldados si no era indispensable. “No sigan avanzando. Los tenemos cubiertos y en nuestra línea de fuego”, les advertían a los gritos. Las tropas, que iban tomando posiciones, se detenían.

La negociación con el general Eduardo Ignacio Betti duró toda la noche, hasta que amaneció. Por las radios, Alicia se enteró de que se habían fugado los seis dirigentes y que los otros diecinueve fueron capturados. De tanto en tanto, pasaban aviones en vuelo rasante sobre la cárcel. “Nos van a bombardear y nos van a matar a todos”, se espantó una de las presas, mientras Alicia le agarraba la mano.

Finalmente, llegaron a un acuerdo: se rindieron incondicionalmente, luego de que Betti se comprometió públicamente a respetar la vida de los presos. Dejaron todas las armas en el patio central y se retiraron a las celdas. “Viva Montoneros, FAR y ERP”, gritaban los presos de las distintas organizaciones mientras los soldados ingresaban al penal a las ocho de la mañana del 16 de agosto. Apenas confirmaron que estaban todos desarmados, entraron a las celdas y los dejaron desnudos y sin colchones. Alicia pasaría así los siguientes días. Incomunicada y sin comida. El abogado radical Hipólito Solari Yrigoyen intentó verlos ese día. “No es posible. Y ya no lo será nunca”, fue la escueta respuesta de los penitenciarios.

En todas partes pintada la muerte

—Ésta es la tercera vez que me interrogan, ¿qué más quieren saber? —preguntó María Antonia Berger, de pie ante los tres oficiales de la marina.

–Nosotros solamente buscamos que nos diga quiénes son ustedes, porque son nuestros prisioneros ahora. Somos caballeros.

–Eso no es cierto, a mí hace no sé cuánto que me tienen parada y nadie me ofreció sentarme.

–Bueno...

–Además, ustedes tienen antecedentes...

–¿Por qué lo dice, por el 55? La Armada no tiene la culpa de los civiles que murieron en los bombardeos. Además, está dentro de las reglas militares...

Las conversaciones eran cada vez más ridículas, sin dejar de ser siniestras. A Ana María le habían preguntado si Santucho la había abandonado. “¿Se da cuenta, oficial? Sin torturas no se consigue nada”, se decían entre sí. También recibieron la visita de los agentes de la Dirección de Investigaciones de Políticas Antidemocráticas (DIPA) y del juez Jorge Quiroga, de la Cámara Federal en lo Penal. “¿Puedo hablar con usted a solas?”, le pidió María Antonia. “Cómo no. Retírense”, solicitó el juez a los soldados, que ni se inmutaron. “Bueno, no importa, hablamos así”, se resignó la presa. “Pero, ¿por qué no se van?”, insistió sin éxito el juez, que hacía la vista gorda a las condiciones en las que estaban encerrados.

El régimen, que los primeros días fue normal, se había vuelto estricto hasta lo inimaginable y empeoraba cada día. “Haidar, desaloje”, le decían a Ricardo “el Turco” Haidar, un ingeniero químico que militaba en Montoneros. Salía al pasillo con las manos en la nuca y por lo menos cinco soldados le apuntaban con sus armas amartilladas y sin seguro. “Alto. Avance.” Así iba hasta el baño, donde le seguían apuntando. Para comer era lo mismo. El Indio se encontró con un arma arriba de la mesa. “Dale, animate a agarrarla”, le lanzó el teniente Roberto Guillermo Bravo, que dirigía la guardia más dura. El Indio la ignoró y comenzó a comer, ya que sólo le daban cinco minutos. “Somos unos boludos. En vez de matarlos, los estamos engordando”, azuzó Bravo.

Bravo obligaba a los hombres a desnudarse y hacer flexiones o cuerpo a tierra (con varios grados bajo cero). También a las mujeres, aunque sin sacarles la ropa. Clarisa Lea Place, militante tucumana del ERP, intentó resistirse y Bravo le puso un arma en la cabeza. “Vas a morir, hija de puta”, le gritó. “No me mate”, susurró Clarisa. Bravo caviló, bajó el arma. Como ninguno tenía puesto el seguro, cada tanto se “escapaban” algunos tiros y hasta ráfagas de ametralladoras.

Tenían estrictamente prohibido hablar, incluso los que estaban en una misma celda. Los presos se comunicaban entre sí utilizando un lenguaje de señas, donde las manos representaban las distintas letras del alfabeto. Para intentar pasar el tiempo, Mario Delfino –un militante del ERP que había abandonado la facultad para irse a trabajar a una fábrica– hizo un ajedrez

con migas, que teñía con polvo de ladrillo. También modeló un pollito diminuto y se lo regaló a María Antonia. En cuanto lograron encontrarlo, se lo confiscaron.

Con el correr de los días, el clima se iba enrareciendo. Los despertaban todas las noches con simulacros de fusilamientos. Ya desvelado, Humberto “Pucho” Suárez, un militante del ERP con rasgos indígenas, se sentó en la cama y escuchó los ruidos de candados y de armas. “Dale, vamos”, decía un oficial. “No, todavía no”, le respondía el otro. En una celda cercana, Alfredo Kohon, un estudiante de Ingeniería entrerriano que militaba en las FAR y al que le decían “la Vieja” (porque era demasiado serio), trataba de tranquilizar a los demás: “Cualquier cosa, nos ponemos cuerpo a tierra y no nos asustemos”. Bravo los interrogaba al azar durante la madrugada. “¿Quién los ayudó a preparar la fuga? Confesá, hijo de puta”, le gritaba, sin éxito, al médico cordobés Miguel Ángel Polti, del ERP.

“Pararse, enrolen el colchón”, les ordenó Sosa el 19 de agosto. Los sacaron hasta un patio, donde les apuntaron cinco marinos, listos para fusilarlos. Estuvieron así cinco minutos y los devolvieron a la celda. “La próxima vez no va a haber negociación. Los vamos a cagar a tiros sin tanto miramiento”, amenazó Sosa a Eduardo “el Fauno” Capello, un militante del ERP que le devolvió una mirada inexpresiva con sus ojos verdes.

El agudo sonido del silbato de Bravo los despertó a todos a las tres de la mañana del 22 de agosto de 1972. “Salgan y formen fila en el pasillo”, ordenó Sosa. Al Turco Haidar le resultó extraño, dado que siempre los hacían salir de a uno. En la puerta de la celda, Sosa lo miró con odio. “No me mire, ponga la barbilla contra el pecho”, le dijo, y le puso un arma en la cabeza. “Si no pone el mentón contra el pecho, le pego un tiro”, amenazó, y el Turco obedeció. Había alcanzado a ver dos ametralladoras pesadas al comienzo del pasillo que daba a los calabozos. Escuchó a Mariano, al que le obligaban a repetir: “Yo amo a las Fuerzas Armadas de mi país”. Buscaban sacarle una reacción.

–Lo peor que podrían haber hecho era meterse con la marina. Ahora van a conocer el terror antiguerilla.

En un instante, el aire se cubrió de gritos y del sonido ensordecedor de las ráfagas de las ametralladoras. Alberto Camps logró tirarse dentro de la celda con Mario Delfino, mientras sus compañeros caían heridos de muerte. “Viva Argentina, hasta la victoria siempre”, alcanzó a gritar José Mena, un militante del ERP, antes de que lo asesinaran. “¿Qué hacemos?”, preguntó Mario. “No nos movamos”, dijo Alberto. No podía pensar. No había escapatoria. “¡Levántense!”, ordenó Bravo. “¿Ahora van a declarar?”, les preguntó mientras les apuntaba. “No”, respondieron, e inmediatamente recibieron un balazo cada uno. Alberto seguía vivo; Mario, no. Procuró quedarse quieto, mientras escuchaba los quejidos y los tiros de gracia.

Bravo ingresó a la celda del Turco, que estaba escondido bajo la cama de cemento con Kohon. Salieron, no tenía sentido ocultarse. “¿Van a declarar?”, repitió Bravo, fuera de sí. “Sí”, le contestaron. Bravo salió, pero de inmediato entró otro oficial que los fusiló. Haidar también intentó hacerse el muerto. “Pero esta hija de puta no se muere, cuánto tarda en morirse”, gritó un oficial. Ya herida y tendida en el piso, María Antonia vio cómo golpeaban a la Petisa Sabelli, que había muerto en el acto. Luego escuchó que se acercaban a ella. Intentó quedarse quieta. El segundo disparo le destrozó la mandíbula. Pero seguía viva. Con su sangre, escribió en la pared los nombres de los asesinos (“Sosa, Bravo”) y también “LOMJE” (“libres o muertos, jamás esclavos”). Alguien fue más tarde a borrar esa sangre con un balde de agua. Pero, ¿dónde no está esa sangre cantando?
 ¿No habría que buscarla?
 ¿Y quiénes retomaron su canto?

La furia, en vela

La ola expansiva de la masacre de Trelew se volvió incontrolable para la dictadura de Lanusse ese mismo 22 de agosto, a pesar de que prohibió por decreto la difusión de información que pudiese provenir de las organizaciones armadas. “Almirante Zar. Intento de fuga”, leyó Pedro en las manos de un común, que le hablaba por señas desde otro pabellón. Transmitió la noticia por código morse y, enseguida, un preso sacó de su escondite una pequeña radio, que se había salvado de las requisas, y se puso a escuchar. Primero se hablaba de tres muertos, luego la cifra creció hasta dieciséis. El rumor de los asesinatos corrió por los pabellones y enlutó a todos los presos, que esa mañana habían sufrido una golpiza muy dura. Luego de varios días desnudos, les habían entregado un uniforme. Al escuchar la *bemba*, Alicia recordó la sonrisa de Susana Lesgart y lo estricta que era Clarisa Lea Place, ambas compañeras de estudio en la prisión. En la celda de al lado, mientras las lágrimas resbalaban por su cara, una presa tomó el tenedor torcido con el que comía el cordero frío en la celda y escribió en la pared el nombre de los fusilados.

Desde su pabellón, Tosco les hizo un homenaje a grito pelado: “Esta cárcel la vamos a rebautizar «campo de concentración 22 de agosto». Ellos eran compañeros con los que compartimos la prisión y con los que hablamos de ideales comunes. Quiero nombrarlos aquí”. Para desahogarse, gritaron los nombres de cada uno, seguidos de “¡Presente! Hasta la victoria siempre”. Ni los penitenciarios ni los cuarenta gendarmes que mantenían custodiado el penal des-

de la fuga tuvieron forma de evitar que el homenaje se repitiera todos los días. Gritaban sus nombres, cantaban “La Internacional” y la “Marcha peronista”. Los guardias les ordenaron irse a dormir. Pero esa noche nadie durmió.

En Chile, los dirigentes de las organizaciones armadas estaban intranquilos. Les habían sacado la radio y no querían decirles qué pasaba. “Son cuentos, no pasa nada”, intentó tranquilizarlos torpemente un policía chileno. Finalmente, les comunicaron las muertes. Al escuchar el nombre de su esposa, que estaba embarazada de cuatro meses, Santucho se cruzó de brazos y se quedó en silencio por horas. A su alrededor, los demás lloraban, puteaban o caminaban de un lado a otro. “Los vamos a agarrar a estos hijos de puta”, masculló el Gallego Fernández Palmeiro. El pedido de extradición de la dictadura argentina, que los había mantenido en suspenso hasta ese momento, fue denegado por el presidente de Chile, Salvador Allende, que les permitió viajar a Cuba al día siguiente.

A Jorge lo mantenían en una comisaría de Rawson. El secretario del juez Quijada fue a verlo. “¿Usted manejó los camiones?”, preguntó. “No voy a declarar”, le dijo Jorge y, a renglón seguido, lo sacaron al patio. Un soldado lo mantuvo encañonado toda la noche contra una pared, mientras Jorge tiritaba por el frío insoportable. Cada hora, lo hacían entrar y el secretario de Quiroga le ofrecía un café caliente, acompañado de preguntas. El 22 de agosto, vio a los militares preparar un asado junto a algunos de los funcionarios judiciales. No entendió qué festejaban, hasta que lo trasladaron a Devoto.

A los distintos medios en Buenos Aires llegó un cable de la agencia oficial Télam que decía: “Durante un fallido intento de fuga, quince delincuentes subvers ANULAR ANULAR ANULAR”. “¡Los mataron a todos!”, entró Enrique “Jarito” Walker en la redacción de la revista *Extra* –que dirigía Bernardo Neustadt– mientras arrugaba el cable. “¿Qué decís?”, se dio vuelta Hernán, un joven periodista con el que compartía el escritorio y que editaba las secciones de Cultura e Internacionales de la revista. “Fusilaron a los compañeros de Trelew”, soltó Jarito, se desplomó en una silla y se largó a llorar. Los periodistas se reunieron en torno a él, hasta que se recompuso. “Estos tipos son unos hijos de puta, pero la guerra es así”, dijo Jarito.

La expresión le chocó a Hernán, que en los días siguientes recorrió con la vista los diarios que se apilaban en su escritorio, la tapa de la revista *Así* tenía una enorme foto de los velatorios y transmitía la versión oficial de la dictadura de Lanusse. “Es evidente que la presión psicológica producida por encontrarse detenidos en jurisdicción militar gravitó su accionar desesperado”, fue la pobre explicación del “intento de fuga” que intentaba imponer el vicealmirante Hermes Quijada. “En la evasión del penal de Rawson, el coro de muchos interesados surge a lo largo y ancho del país e incluso en ciertas orga-

nizaciones internacionales para deformar, confundir y tergiversar la verdad”, sostuvo Quijada.⁶

“Es increíble, pero nos pueden hacer esto. Pueden fusilarnos en la puerta de la celda y después tratar de vender que nos quisimos escapar”, pensó Hernán, ensombrecido por una tristeza colectiva. “Claro, para ellos todos somos el enemigo, no importa de qué *orga* somos”, razonó. Por esa época, Hernán militaba en los barrios del conurbano en una organización peronista (sin que Bernardo Neustadt tuviera la menor idea). Allí ayudaban a alisar las calles de tierra o colaboraban para poner algún techo de chapa. “Compañeros, yo me abro. Si estos tipos son capaces de hacernos esto, entonces tenemos que tener una estrategia más dura, más planificada, o nos van a cagar a trompadas”, les planteó antes de retirarse. Unos meses más tarde, se sumó al PRT-ERP, justo cuando le tocó hacer la colimba. Lo destinaron al Comando de Sanidad del Ejército.

Eduardo, en cambio, llevaba un año en el ERP. Se había incorporado en 1971, cuando tenía diecisiete. Al escuchar sobre los fusilamientos, su primera reacción fue pensar: “Nos van a mandar a tirar tiros por todas partes y a reventar todas las comisarias. Esto es la guerra, no hay vuelta atrás”. Con la bronca a cuestas, fue al velatorio de tres de los fusilados en la sede del Partido Justicialista (PJ), en avenida La Plata. Los ataúdes con los cuerpos de Capello y Sabelli entraron a medianoche. A la tarde del jueves 24 de agosto arribó el de Ana María Villareal de Santucho. La habían entregado con el cofre soldado, como al resto de los fusilados. Eduardo se sumó a la larga fila que entraba en la sede del PJ. Muchos aplaudían irónicamente a la policía, que había desplegado a su infantería con perros, motos y carros de asalto. La gente hablaba en voz baja, como apagada. Los militantes de la JP tenían un brazalete celeste y blanco, con una cintita de luto. Eduardo entró y fue al jardín, donde estaba Pancho, otro militante del ERP. Se pusieron a discutir futuras acciones armadas.

Los abogados de los presos llevaron un médico forense y abrieron los ataúdes para documentar el asesinato. “A las seis de la tarde me retiran los cajones como sea”, bramó el comandante del Primer Cuerpo del Ejército, Tomás Sánchez de Bustamante, al comisario Alberto Villar. Hacia la sede partieron las tanquetas antiguerrilleras Shortland. El abogado Vicente Zito Lema in-

6. El 31 de abril de 1973 Quijada salía de su casa en su auto, armado y con custodia. Al llegar al primer semáforo, estacionó junto a él Víctor Fernández Palmeiro, que le disparó seis veces en la cabeza. Cuando escapaba, el Gallego fue alcanzado por una bala del chofer y murió unas horas más tarde. A Sosa y a Bravo, que dirigieron los fusilamientos, la dictadura los envió a Estados Unidos en un “viaje de estudios”. Nunca se volvió a saber de ellos.

tentó explicarle al comisario que habían presentado un recurso de amparo para mantener el velatorio otras veinticuatro horas, pero era tarde.

Mientras inundaban el local con gases lacrimógenos, una tanqueta embistió varias veces contra la puerta hasta destruirla. Eduardo, desde el jardín, se tapó la boca para protegerse del gas y observó cómo le apuntaban los francotiradores de la policía. Salió del local entre palazos de la infantería, que le tiraba los perros encima, y se unió a la multitud, que rompía el empedrado para devolver la bronca. Eduardo le acertó en la cabeza a un policía y, mientras huía, se vio rodeado por las motocicletas, que lo derribaron. Desde el piso, recibió una lluvia de patadas y palazos. Vio cómo la rueda de una de las motos se acercaba peligrosamente a su cara. “Escapá, escapá”, gritó Pancho, que sentó a uno de los policías de una trompada. Entre los dos, se abrieron paso a los golpes y se perdieron en la multitud.

Los policías sacaron los ataúdes como si fueran cajas de manzanas y arrancaron a toda velocidad hacia Chacarita, donde entrerraron a Capello y a Sabelli. “Primero me la matan y después no me la dejan velar”, gritaba desconsolada la madre de la Petisa. Y siguieron su marcha hacia Boulogne, donde sepultaron a la esposa de Santucho. El coche fúnebre, rodeado de carros de asalto y motos, despertaba la atención de los transeúntes. Las sirenas lloraban sobre Buenos Aires.

Máxima represión

La frase, que aparentaba ser tranquilizadora, resultaba completamente siniestra. “Señores, yo a ustedes les garantizo su existencia física, pero no su salud mental”, les dijo el comandante de Gendarmería Juan Ramón López Carballo, que fue designado interventor de la cárcel de Rawson. Pedro pasaba todo el día en su celda de dos metros por un metro ochenta, sin poder hablar con nadie ni hacer ninguna actividad. Los recreos prácticamente desaparecieron: les daban tres horas por semana y en grupos pequeños. Se prohibieron los libros, diarios, radios y revistas. Las visitas se redujeron a una hora por semana, y se hacían a través de una tela metálica. Habían llegado presos de todas partes del país: tras la masacre, la dictadura levantó la cárcel de Resistencia y concentró a los presos en Rawson (salvo a los de Taco Ralo, que fueron a parar al penal de La Plata), mientras que envió a las detenidas a Devoto. Alicia fue trasladada hacia allí junto con otras ochenta militantes. Las escoltó un batallón entero de soldados armados hasta los dientes, que se dedicó a golpearlas durante todo el viaje en avión.

Para legalizar este régimen, el 31 de agosto de 1972 Lanusse intervino las cárceles, que pasaron a estar bajo el mando de los militares, y dictó la ley

19.863, que sostenía que ese régimen de máxima peligrosidad “no tiene otro propósito que asegurar las condiciones de higiene, urbanidad y moralidad indispensables”. La ley prohibía “cantar, gritar, silbar, mantener comunicaciones acústicas, por señas, furtivas o indecorosas, elevar la voz, practicar juegos prohibidos”. También mandaba “abstenerse de hacer manifestaciones políticas o gremiales”. Además de la Cámara Federal en lo Penal, se crearon consejos de guerra especiales y se dividió el país en zonas para juzgar los “delitos subversivos”.

La población de Trelew, que había demostrado su solidaridad con los presos, también fue aterrorizada y militarizada. Luego de que se declarara “zona de emergencia”, el general Betti dictó un bando militar en el que señaló que “el que incurra en actitudes que perturben la normal convivencia, el orden y la tranquilidad pública, será reprimido con la sanción de arresto”. El 11 de octubre de 1972 desembarcó en Trelew un avión Hércules (llamado así por sus proporciones enormes y preparado para cargar tropa y artillería). De él bajó un batallón de soldados que allanó las casas de los vecinos que habían colaborado con los presos. Arrestaron a diecinueve, de los cuales dieciséis fueron a parar a Devoto. La reacción de la ciudad fue la opuesta a la que esperaba Lanusse: los vecinos tomaron el Teatro Español, donde colgaron un cartel que mandaba: “Prohibido dormir”, hicieron huelgas y reclamaron la libertad de los presos.

En Devoto, las cosas no iban mejor. Alicia tuvo que acostumbrarse a que permanentemente se las obligara a desnudarse en la requisa. Sin radios, revistas, diarios ni libros, vivía todo el día en la celda, donde le daban la comida y tenía un inodoro. Había sólo dos horas de recreo semanales, donde les prohibieron hablar. Pronto diseñaron un sistema para seguir con los grupos de estudio. Luego de escuchar los golpes en el piso de su celda que indicaban que la clase estaba por comenzar, Alicia vaciaba el inodoro con un jarrito, colocaba una manta en el piso para no estar incómoda, y hablaba por el caño con las detenidas de las celdas del piso de arriba y del de abajo. Así continuaban las clases, con lo que cada uno recordaba de sus formaciones. Aunque les censuraban las cartas y les habían reducido el papel, ella comenzó a escribirse con su compañero, que estaba en Rawson. Como no estaban casados, no les permitían verse, así que Alicia trianguló a través de otra presa que tenía a su marido en Rawson. Los mensajes de Alicia se introducían en la carta como un cuento con dos personajes: el Oso y el Ratón.

María Antonia Berger llegó a su pabellón desde el hospital de Devoto. Había sobrevivido al fusilamiento junto a Alberto Camps y al Turco Haidar. Durante su internación la interrogó un juez militar, que le aclaró: “Usted no está acusada de nada”. “Bueno... qué raro”, le respondió María Antonia. “¿Dónde estaba usted cuando Pujadas le quitó el arma al personal de la marina?

¿Reconoce esta arma?”, inquiría el militar mientras le apuntaba con un revólver. En el pabellón 49, la aislaron del resto de las presas, que igual conseguían mandarle comida. La noche siguiente a su llegada, la Gringa se acercó a su celda cuando estaba limpiando el pasillo. Tenía la cabeza vendada, por el disparo que había recibido. Ambas se largaron a llorar. María Antonia se esforzó por hablar: “Nos mataron, Gringa, nos mataron porque si no la unidad era un hecho”.

Libertad a los combatientes

El ruido de los jarros de cientos de presos resultaba ensordecedor. Pese a que el régimen no varió mucho ante las sucesivas protestas, los presos peronistas ya sentían la cercanía de las elecciones. Tras la masacre, la dictadura quedó herida de muerte. En diciembre de 1972 habían pasado por una huelga de hambre de veintidós días en Rawson. En Devoto, las presas también se habían sumado a la protesta. Alicia había conocido los *chanchos*, los calabozos de castigo, donde las aislaban por días. Sentada en la cama de hormigón –el colchón se lo daban a la noche y se lo retiraban a las seis de la mañana–, repasaba mentalmente los temas para la próxima reunión de presas del PRT o para su grupo de estudio de historia. Tras la huelga, obtuvieron mayor tiempo de recreo y algunas mejoras en el trato. También pudieron entrar algunos libros (de Corín Tellado o *Mujercitas*) y nuevamente permitieron calentadores y comida propia.

“Cazes Camarero, con todo”, dijo lacónicamente uno de los guardiacárceles. Pedro juntó sus cosas y armó un *mono*, un atado con la poca ropa que le habían permitido conservar. Tras la victoria de Héctor Cámpora el 11 de marzo de 1973, las condiciones de vida habían mejorado sustancialmente. Pedro fue trasladado a Devoto junto con una parte importante de los presos. Otros quedaron en Rawson. Pedro llegó al segundo piso del pabellón 5, de los celulares de Devoto: tenía celdas individuales de dos por tres metros y una cama doble con un colchón de menos de ocho centímetros de espesor. Tenía una puerta gruesa de madera con una mirilla. Una pileta, un inodoro y un lavamanos completaban el espacio. El régimen se había distendido y les permitían *pasillar* por el pabellón, donde había una mesa larga de portland en la que comían juntos.

Empezaron a recibir visitas de senadores y diputados. Todos les prometían una amnistía. Pedro los recibía, porque había sido elegido delegado del ERP y las organizaciones marxistas más chicas. Con los peronistas, formaron una conducción colectiva de Devoto, que dialogaba con las autoridades. A Pedro también lo visitó una comisión de militares. “Queremos cambiar a cincuenta

de ustedes por Francisco Alemán y si es posible a Jacobo Nasif, de Gendarmería”, le ofrecieron. Se trataba de dos militares que el ERP había secuestrado para intercambiarlos por los presos. Buscaban que la liberación fuera arrancada a la dictadura, antes que una concesión del gobierno peronista. Finalmente, no se concretó y los uniformados fueron liberados unos días más tarde.

Mientras se acercaba la asunción de Cámpora, su ministro del Interior, Esteban Righi, fue el encargado de convencer a los abogados de los presos de las ventajas jurídicas de una amnistía parlamentaria antes que de un indulto presidencial. “Salen en dos días y es una decisión conjunta de todas las fuerzas políticas”, concluía Righi, mientras conversaba con los senadores y diputados para que aceptaran retirar sus proyectos personales y votaran el del Ejecutivo. La discusión fue ardua y duró hasta las dos de la mañana del 25 de mayo, dado que cada legislador buscaba imprimir su nombre en la ley. “No vamos a presentar objeciones, porque queremos un país cero kilómetro”, le dijo finalmente el diputado radical Antonio Tróccoli. Como muchos, Righi no dormiría las siguientes cuarenta y ocho horas.

“25 de mayo / fiesta popular / y con los presos / la vamos a festejar”, coreaban unos borrachos en Plaza de Mayo a las cuatro de la mañana, que lanzaban cascotazos a la policía al grito de “viva Perón”. “Oficial, déjeme que pongamos orden nosotros”, se presentó Gustavo, que llevaba un brazalete de la JP. “Compañeros, estemos tranquilos, sin desmanes, que es un día de festej...”. La trompada hizo volar los anteojos de Gustavo unos cuantos metros. Unas horas más tarde la Plaza de Mayo rebosaba de una multitud que cantaba: “Cámpora presidente, libertad a los combatientes”.

“Esto es tocar el cielo con las manos”, pensó Marta, con sus veintiún años. Había salido con otros militantes de Lanús en los micros que le robaron a la tropa despistada del intendente Manuel Quindimil. “Nos los llevamos. Es por orden de Bidegain”, les decían. Era la primera vez que ella, miembro de Montoneros, había votado a un candidato, luego de diecisiete años de proscripción del peronismo. Rubia, de ojos azules, resaltaba entre los morochazos del barrio donde estaba su unidad básica. Los micros pararon en Parque Lezama, donde ya se estaban concentrando las columnas que venían en tren desde La Plata. A las cinco y media entraron en la Plaza, para ser los primeros. “Se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar”, gritaban eufóricos en el medio de una plaza en tinieblas, por los gases lacrimógenos que los policías habían tirado desde la madrugada. Los borrachos que le pegaron a Gustavo ya se habían dispersado.

Desde allí, más de cincuenta mil manifestantes marcharon hacia Devoto a las diecisiete. Y Marta iba con ellos. Coparon colectivos y trenes. A los peronistas se sumaron los del PRT-ERP y otras organizaciones de izquierda. Rodearon la cárcel con antorchas, banderas y bombos. Anocheció y, contra el cie-

lo oscuro, destellaron las llamas de los pabellones de los comunes, que se amotinaron. Pedían salir también en libertad. “Si yo estoy acá por haber matado a un gorila... que además andaba con mi jermu, pero yo ¿qué culpa tengo?”, argumentaba uno de ellos. “Ahora es todo jolgorio, en los próximos días van a ver”, lo amenazó un guardiacárcel.⁷ Los vidrios del penal estallaron a pedradas y volaron algunas molotovs en dirección a los penitenciarios. “Abra, carajo, o la tiramos abajo”, cantaba Pablo, un militante cordobés del ERP. Lo conocía a Pujadas, con el que había cursado la primaria en Córdoba. Cuando se enteró de su asesinato, sintió que había perdido un hermano. De un empujón, lo corrió una columna de la JP. Un patrullero había quedado encerrado en la manifestación. Los militantes peronistas formaron un cerco en torno al vehículo para que la multitud no terminara de destrozarlo a garrotazos, con los policías incluidos.

Adentro, la cárcel estaba tomada. La ocupación estuvo a cargo de seis grupos operativos en los que se dividieron los 135 hombres y las 87 mujeres de la cárcel. Unos se ocuparon de tomar las puertas e impedir que las cerraran, otros inmovilizaron a los guardias para que no dieran la alarma y un tercer grupo se adueñó de las llaves. Ninguno de los penitenciarios opuso resistencia. “La situación es insostenible. Los tenemos que largar”, le dijo a Righi el ministro de Justicia, Antonio Benítez, apenas entró a su casa. Righi se comunicó con el secretario general del Movimiento Peronista, Juan Manuel Abal Medina, que ya estaba en Devoto. “Si no los largamos ya, vamos a tener que reprimir y no es la mejor manera de empezar el gobierno”, objetó Abal Medina. “Si no llega la orden de libertad enseguida, de esta noche no pasamos”, acotaba el director de Devoto, Romualdo Díaz, a su lado. Righi ordenó no reprimir y partió hacia la Casa Rosada.

Los presos circularon libremente por los pabellones durante el 25 e impidieron la entrada de los penitenciarios, que controlaban el resto de la cárcel y el perímetro de la guardia externa. Algunas parejas, que no se veían hacía tiempo, se perdieron por los pasillos. Alicia, que era delegada de su pabellón, se ocupó de organizar las pintadas de las sábanas como banderas de las organizaciones. Habían entrado carbonilla, tiza y pintura en los días anteriores. Alicia había logrado contrabandear una cámara de fotos y registró las paredes cubiertas de consignas como “Territorio liberado, viva el Che Guevara” o bien “Al que madruga, Perón lo ayuda”. Lograron entrar las familias de algunos de los detenidos, con comida. Se dividieron en dos pabellones, porque no entraban todos en uno. Los niños corrían por las celdas y jugaban a las escondidas.

7. Como represalia por el motín, los comunes fueron salvajemente golpeados durante el 26 y el 27 de mayo.

Pedro subió al techo con el Negro, otro militante del ERP que le llevaba media cabeza. El Negro perforó con un fierro las maderas, sacó las tejas y salieron. Hicieron equilibrio en la cornisa del techo, mientras colgaban las banderas de las distintas *orgas* (la del ERP primero). “Compañero, cuidado con los *pasarela*”, le gritaron desde abajo. Los guardias que vigilaban el perímetro los tenían en la mira.

En los televisores que tenían en el pasillo siguieron la asunción de Cámpora. Los peronistas cantaron la marchita y el Himno Nacional, mientras los *perros* hablaban con un megáfono a la multitud que estaba afuera. Cuando caía la noche, a los delegados de la conducción los llamaron a la oficina del director. Además de Pedro, fueron Pancho Rivas, por las FAR, y Fred Ernst, un delegado de Montoneros alto y de anteojos. “Señores, tienen que tranquilizar a la multitud, porque están amenazando con romper la puerta”, les solicitó Righi por teléfono, y terminó en una larga discusión con Pedro.

Salieron a un balcón atestado de policías, oficiales del Servicio Penitenciario Federal y periodistas. “Ésta es una fiesta popular y tras dieciocho años de lucha, el peronismo es nuevamente gobierno, compañeros”, gritó Fred. “No se desconcentren. Ustedes son la garantía de nuestra libertad y un gobierno popular no puede reprimir al pueblo”, les pidió Pedro, que terminó a las puteadas con los peronistas. “Sos un aventurero”, le reprochó Fred.

En la Casa Rosada, Righi preparó el indulto con Cámpora. “Es esto o una tragedia”, se lamentó. El ministro del Interior anunció la libertad de los presos por televisión a las 22.20. En los pabellones, saltaban y gritaban de alegría. “Van a salir esta misma noche”, gritó Abal Medina a la multitud que no alcanzó a escucharlo. Los diputados que se habían acercado a la cárcel firmaron un acta donde se hicieron responsables por la salida de los presos políticos. Los legisladores Héctor Sandler y Julio Mera Figueroa pasaron frenéticamente los nombres a máquina, mientras los detenidos se ponían los bolsos al hombro.

Entre los presos del ERP corría la *bemba* de que sólo iban a salir los peronistas. Se formaron en escuadrones, agarrados en hileras de cuatro o cinco militantes. “Si logramos abrir la puerta, salimos todos. No se van a animar a matarnos”, plantearon unos. “Paren, compañeros, que ya están firmando el indulto”, les respondieron otros.

Finalmente, tuvieron una reunión por *orgas* y decidieron irse todos juntos. A las veintitrés se acercaron a la puerta y cantaron “La Internacional” y la “Marcha peronista”. Pero no pudieron salir, porque la multitud hacía presión e impedía que se abriera el portón. “Compañeros, ahora nos encontramos presos de ustedes”, dijo el Turco Haidar por un megáfono, sin obtener muchos resultados.

Una hora más tarde, un camión de transporte de carne expropiado por los militantes se acercó a la puerta y se puso de cola contra el portón. Allí fueron subiendo los liberados, ordenados en formación militar. Muchos iban envueltos en banderas, hacían la V, cantaban o gritaban consignas. Los peronistas terminaron en la sede del PJ, en avenida La Plata, donde celebraron. Con el puño en alto, Pedro, Alicia y la Gringa salieron marcialmente y se fueron hacia la sede de la Comisión de Familiares de los Presos Políticos, Estudiantiles y Gremiales (Cofapeg), sobre la calle Río de Janeiro. El ERP sacó también a cuatro comunes, que se integraron a sus filas. De las cárceles de Córdoba, Caseros, La Plata, Resistencia y Rawson habían liberado a más de cuatrocientos presos políticos. El Servicio Penitenciario Federal coló, entre ellos, al narcotraficante belga François Chiappe, que fue capturado un mes más tarde.

“Yo si estoy en una garita, los bajo sin asco”, escupió uno de los penitenciarios. “Acá nadie dispara un tiro sin mi orden”, vociferó el oficial. Cuando quedaban sólo dos mil manifestantes, a la una de la mañana, se corrió el rumor de que había setenta presos detenidos a los que los guardias, insubordinados, no querían dejar salir. Un grupo de manifestantes intentó abrir la puerta del penal usando como ariete una parada de colectivo, que habían arrancado de cuajo. Se escucharon tres escopetazos de Itaka y la policía comenzó a lanzar gases. Desde el penal, abrieron fuego con ametralladoras. Los más duchos se tiraron cuerpo a tierra, mientras la multitud se desbandaba. Un militante de la JP, Oscar Horacio Lysac, de dieciséis años, cayó muerto con un disparo en el pecho. Cerca de él, Carlos Miguel Sfeir, que se había integrado a Vanguardia Comunista en la Facultad de Ciencias Económicas, también recibió un balazo.

“Llévenselo de acá o lo fusilamos”, bramó un policía mientras un amigo intentaba levantarlo. Como pudo, logró llegar con Carlos hasta el hospital Alvear, donde murió durante la operación. Tenía diecisiete años. Desde los árboles, algunos militantes respondían con disparos de .22, que no le hacían ni cosquillas a la cárcel. “¿Qué hace este tarado con una .22 tirando entre la multitud?”, pensó Eduardo, mientras las balas pasaban picando. Se alejó de la cárcel con la columna del ERP. Cerca estaba Pedro, cubierto de mugre y transpiración, que iba de abrazo en abrazo, inmerso en la multitud que cantaba: “Ya van a ver / ya van a ver / cuando vengueeeeeeemos / a los muertos de Trelew”.

Libertarias: Taco Ralo

Envar “Cacho” El Kadri prendió el televisor que tenían en el pabellón mientras esperaba que lo recibiera el director de la cárcel. Las imágenes de la manifestación en Devoto se repetían una y otra vez. El guardia, rápido

de reflejos, lo apagó. “Ahora mandamos nosotros, ¿no se enteró?”, le lanzó Cacho, y lo volvió a encender. “Sí, pero no me comprometa... póngalo bajito”, se desinfló el penitenciario. “Salimos todos. Dicen que salimos todos”, le soltó Carlos Caride cuando entró a la dirección. Junto con él estaba Julio Troxler, uno de los sobrevivientes de los fusilamientos en José León Suárez el 9 de junio de 1956. “Soy el jefe de la Policía bonaerense. Me hago cargo de los presos”, remarcó Troxler. El gobernador Oscar Bidegain, que recién asumía, le había ordenado ir a sacarlos. Salieron entre un millar de manifestantes que intentaban abrazarlos.⁸

Otra gran movilización se instaló al día siguiente frente al Congreso para esperar que se dictara la amnistía definitiva. “Nadie ignora que anoche se produjo un copamiento que significa en términos claros y concisos una segunda toma de la Bastilla”, definió el senador Vicente Saadi, a tono con el clima de los bombos. “Los combatientes no han sido solamente los que han empuñado un arma, sino la legión de argentinos que hemos estado dieciocho años en la resistencia contra los regímenes inconstitucionales”, recordó, a su tiempo, el peronista José Martiana.

El diputado radical Antonio Tróccoli, en un intento de no quedarse atrás, aseguró que “la UCR tiene urgencia en sancionar una ley de amnistía”, mientras que el senador Fernando de la Rúa sostuvo que “nosotros hemos querido acompañar siempre el olvido y el perdón, cada vez que ha sido necesario para contribuir a la paz”. El diputado por la Alianza Popular Revolucionaria Héctor Sandler aclaró que “estamos tratando este proyecto con los presos libres. He visto salir a los presos de la cárcel. Nadie está dispuesto a perdonar nada. Los que eran liberados se abrazaban en un reencuentro de lucha”. La amnistía se aprobó por unanimidad. Y también disolvieron la Cámara Federal en lo Penal, los consejos de guerra para juzgar civiles y la DIPA.

Libertarias: la Gringa y el Cordobazo

“Anotame para Córdoba”, pidió la Gringa al militante que tenía el registro de los micros, que partían con ex presas y presos hacia todo el país. Su novio, Hugo, fue a recibir a los ex detenidos políticos a la estación de micros, pero no esperaba verla bajar. La Gringa se le colgó del cuello antes de que pudiera decir nada. Era el 29 de mayo y se cumplían cuatro años del Cordobazo, cuando obreros y estudiantes habían tomado la ciudad. La Gringa y

8. Véase Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*, Buenos Aires, Norma, 1998, t. II, pp. 19-20.

Hugo fueron hacia el centro, a la esquina donde la policía había matado al obrero metalúrgico Máximo Mena, y se perdieron entre las veinte mil personas. “Agradezco no padecer ninguna afección cardíaca, porque si no no hubiera soportado este momento”, dijo por el micrófono el presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, luego de atravesar la multitud. Luego de él, hablaron tres representantes de ERP, FAR y FAP, y cerró el acto Agustín Tosco. “Sólo el pueblo puede ser protagonista del triunfo sobre los enemigos que el 25 de mayo no se han ido, sino que aún alientan, agazapados, dictaduras antipopulares”, remarcó el dirigente de Luz y Fuerza.

“A Colón, a Colón, / que ahora le toca a Pampillón”, cantaba Vitín, un militante peronista cordobés que fue arrastrado hasta la avenida Colón, donde también se le rindió homenaje al estudiante Santiago Pampillón, que había sido asesinado el 7 de septiembre de 1966. Vitín recordaba que durante el Cordobazo estaba estudiando en el seminario para ser cura. Ese día habían escondido a varios militantes en la parroquia. Luego se había sumado al Peronismo de Base, que era la organización de superficie de las FAP. Y, poco después, había dejado el seminario por Marta, su esposa, una maestra que trabajaba en el barrio en el que él militaba. Vitín había estado preso también hasta hacía poco. Un comisario lo había ligado a un asalto a un lavadero que hicieron dos presos comunes y había ido a parar a la cárcel de encausados de Córdoba. Los comunes allí lo confundieron con un chorro pesado, de apellido Poderoso. “Poderoso, señor, si se arma alguna fuga, cuénteme”, le decían, y él asentía, para que lo dejaran en paz. Salió el 9 de marzo, dos días antes de que votase a Cámpora.

Libertarias: Alicia en Ezeiza

“Saquemos los pañuelos, los gorilas están de duelo”, cantaban los presos peronistas en Rawson, que también habían tomado su pabellón. Los 166 presos políticos usaron las camas como arietes y rompieron las puertas de las celdas para salir al pasillo. La guardia se retiró. Los detenidos se habían vestido de civil y, para no dejar dudas, quemaron también los uniformes. Se abrazaban y coreaban. Al anochecer del 25, todavía no tenían noticias de si iban a salir. El comandante de Gendarmería Octavio Zirone, que estaba a cargo de Rawson, les seguía dando largas. Unas quinientas personas, entre familiares y simpatizantes, se plantaron frente a la cárcel y se quedaron toda la noche esperando, a pesar del frío. El 26 de marzo a la mañana Zirone no tuvo más opción que soltarlos.

“Adiós, comandante”, le dijo con sorna Tulio Valenzuela, el delegado de Montoneros, antes de abandonar la cárcel. Salieron cantando, entre bande-

ras, entre bocinazos, entre manos que los palmeaban o abrazaban. Alguno se sumó con una guitarra. “Salí por fin del campo de concentración”, gritó un preso. Marcharon por las calles y visitaron dos unidades básicas, que llevaban los nombres de Mariano Pujadas y Susana Lesgart. En Trelew les hicieron un homenaje a los dieciséis frente a una placa que habían colocado en la plaza. Fueron también a un acto en el Teatro Español, al que asistieron dos mil personas. “Que se queden”, pidió alguno desde la tribuna, pero siguieron hasta el aeropuerto.

Mientras tomaban un café en el bar, se iban anunciando los vuelos que le tocaba a cada *orga*. En Ezeiza, miles de manifestantes inundaron el aeropuerto. Alicia se abrió camino entre la multitud. Esperaba que llegase Alberto, su novio. “Compañeros, salgan de la pista que los va a pisar el avión. No se acerquen hasta que se hayan detenido las turbinas”, les advirtieron por los megáfonos del aeropuerto los militantes que habían tomado la torre de control. Cuando aterrizaron, otro grupo de manifestantes se subió a una de las plataformas móviles y la acercó hasta la escotilla. En la punta de la escalera, Pablo hacía flamear una bandera. A los peronistas los llevaron en andas hasta los micros y siguieron hacia la sede del PJ. Las jodas entre ex presos eran recurrentes: “Apurate, que termina el recreo”, “bueno, buenooo, prepararse para el recuento”. Alicia se acercó al avión, completamente pintado con consignas del ERP, y distinguió a su compañero entre la multitud. Después de dos años, se unieron en un abrazo. Junto a ellos, una pintada decía: “Todo fue una pesadilla, pero despertamos”.

Garaño, Santiago y Werner Pertot. 2007. "Trelew, donde comenzó". En: *Detenidos-Aparecidos. Presas y presos políticos desde Trelew a la dictadura*. Buenos Aires: Editorial Biblos, pp. 31-62.